

Testimonio de Fidel Castro Ruz

Sistemáticamente asesinaban a los prisioneros. A algunos los llevaban, les hacían algún interrogatorio, los torturaban atrocemente y después los mataban. En esas circunstancias, habiéndose producido una gran reacción de la opinión pública, como te decía, el Arzobispo de Santiago de Cuba, como autoridad eclesiástica, se interesa y empieza a actuar junto con otras personalidades de esa ciudad, de las cuales la más destacada era él, para salvar la vida de los sobrevivientes. Y, efectivamente, algunos sobrevivientes fueron salvados por las gestiones que hicieron el Arzobispo y ese grupo de personalidades, ayudados por el hecho de una atmósfera de enorme indignación en la población de Santiago de Cuba. Ante la nueva situación se decide que un grupo de compañeros de los que estaban conmigo, que estaban en las peores condiciones físicas, se presenten a las autoridades a través del Arzobispo. Era un grupo de seis o siete compañeros, habría que precisar. Yo me quedo con dos jefes más. Es el pequeño grupo con el que nos proponemos atravesar la bahía para llegar a la Sierra Maestra y organizar de nuevo la lucha. El resto estaba sumamente agotado y había que buscar la forma de preservarles la vida.

Nosotros discutimos con un civil, que fue el que tramitó un encuentro entre ese grupo y el Arzobispo; nos aproximamos a una casa y hablamos con los de esa casa. Entonces nos separamos del grupo de los seis o siete compañeros, a los cuales iba a recoger el Arzobispo al amanecer, y nosotros nos retiramos como a dos kilómetros más o menos del lugar, los dos compañeros y yo, pensamos cruzar de noche la carretera hacia la bahía de Santiago de Cuba.

Es indiscutible que el ejército se da cuenta, tal vez interceptando las comunicaciones. Al parecer intercepta una comunicación telefónica de aquella familia con el Arzobispo, y muy temprano, antes del amanecer, envía patrullas por toda aquella zona en las proximidades de la carretera.

Nosotros, que estamos a dos kilómetros, cometimos un error que no habíamos cometido en todos esos días que llevábamos ahí. Como estábamos también un poco cansados, pues teníamos que dormir en las laderas de las montañas en las peores condiciones, no teníamos frazadas, no teníamos nada y nos encontramos

allí aquella noche un pequeño bohío, pequeñito, tendría cuatro metros de largo por tres de ancho, lo que aquí llamaban una vara en tierra, más bien algo donde se guardan cosas. Para protegernos un poco de la neblina, de la humedad y del frío, decidimos quedarnos hasta el amanecer, y antes de que despertáramos, llegó una patrulla de soldados, penetra en el bohío y nos despierta con los fusiles sobre el pecho: lógicamente, lo más desagradable que se pueda concebir, que el enemigo te despierte con los fusiles así, resultado de un error que no debimos haber cometido nunca.

Frei Betto: ¿No había ninguno de vigilancia allí?

Fidel Castro: No, nadie de vigilancia, los tres durmiendo, ¿comprendes? Un poco confiados, ya llevábamos una semana y los individuos no daban con nosotros, no podían; por mucho que rastreaban y buscaban, nosotros los habíamos burlado. Subestimamos al enemigo, cometimos un error y caímos en sus manos. No quiero pensar de ninguna manera que las personas con las que hicimos contacto nos hubieran delatado. No lo creo, sino lo que al parecer ocurre, indiscutiblemente, es que cometieron algunas indiscreciones como fue hablar por teléfono, lo que alertó al ejército y envió patrullas allí, gracias a lo cual nos capturan a nosotros.

De manera que caemos prisioneros del ejército. Estaban también aquellos individuos sedientos de sangre; sin duda nos habrían asesinado en el acto.

Ocurre entonces una casualidad increíble. Había un teniente negro, llamado Sarría. Se ve un hombre que tiene cierta energía, y que no es un asesino. Los soldados querían matarnos, estaban excitados, buscando el menor pretexto, tenían los fusiles montados con balas en el directo. Nos amarraron. Inicialmente ellos preguntan la identificación; no nos identificamos, dimos otro nombre; indiscutiblemente los soldados no me conocen en el acto, no me conocieron.

Frei Betto: ¿Usted era muy conocido ya en Cuba?

Fidel Castro: Relativamente conocido, pero esos soldados, por alguna razón, no me conocen. No obstante, nos quieren matar de todas formas: si nos hubiésemos identificado los disparos habrían sido simultáneos con la identificación. Entablamos

una polémica con ellos porque nos dicen asesinos, dicen que habíamos ido allí a matar soldados, que ellos eran los continuadores del Ejército Libertador, y entramos nosotros en polémica; yo pierdo un poco la paciencia y entro en polémica con ellos, les digo que ellos son los continuadores del ejército español, que los verdaderos continuadores del Ejército Libertador éramos nosotros, y entonces ellos se ponen más furiosos todavía.

Nosotros nos dábamos realmente ya por muertos, desde luego, yo no consideraba la más remota posibilidad de sobrevivir. Entablo la polémica con ellos. Entonces, el teniente interviene y dice: "No disparen, no disparen", presiona a los soldados y mientras decía esto, en voz más baja repetía: "No disparen, las ideas no se matan, las ideas no se matan". Fíjate que cosas dice aquel hombre. Como tres veces dice: "Las ideas no se matan".

Hay uno de los dos compañeros que da la casualidad que era masón - se trata de Oscar Alcalde, está vivo, es Presidente del Banco de Ahorro, porque él era financista, el que manejaba los fondos del Movimiento - y se le ocurre por su cuenta decirle al teniente que era masón. Eso aumenta la posibilidad o le da mayor aliento al teniente, porque parecía que había muchos militares de estos que también eran masones; pero, de todas maneras, muy amarrados, nos levantan y nos van llevando. Cuando hemos caminado unos pasos, yo, que he visto la actitud de aquel hombre, del teniente, lo llamo y le digo: "He visto el comportamiento suyo y no lo quiero engañar, yo soy Fidel Castro". Me dice el: "No se lo diga a nadie, no lo diga a nadie".

Avanzamos unos metros más, se producen unos disparos a 700 u 800 metros de allí, y se despliegan los soldados, estaban muy nerviosos, se tienden sobre el campo.

Frei Betto: ¿Cuántos soldados eran más o menos?

Fidel Castro: La patrulla tendría como doce soldados.

Frei Betto: ¿El teniente tenía más o menos que edad?

Fidel Castro: Tendría 40 años, 42 años más o menos.

Cuando yo veo que ellos se despliegan, creo que todo es un pretexto de los soldados para dispararnos y me quedo de pie; todo el mundo se desplegó y yo me quedo parado. Se acerca otra vez el teniente a mí y le digo: "No me acuesto, si quieren disparar tienen que matarnos aquí de pie". Entonces dice el teniente: "Ustedes son muy valientes, muchachos, ustedes son muy valientes". Fíjate que cosa, observa tú; yo pienso que eso debe haber sido una posibilidad en mil. Pero no por eso estábamos salvados, no; no por eso teníamos garantía alguna de sobrevivir. Todavía nos salvó una vez más el teniente.

Frei Betto: ¿Una vez más?

Fidel Castro: Sí, una vez más nos salvó, porque antes de que llegara el Arzobispo, al otro grupo que estaba cerca de la carretera lo localizan y lo hacen prisionero. Eso era lo que había originado el tiroteo anterior a que hice referencia. Entonces ellos nos juntan allí; el teniente busca un camión y sube a los demás prisioneros arriba, y a mí me pone en el medio, entre el chofer y él, en la cabina.

Más adelante aparece un comandante que se llamaba Pérez Chaumont, era uno de los más asesinos y de los que más gentes había matado. Se topa con el carro, lo para y le da orden al teniente de llevarnos para el cuartel. El teniente discute con él y no nos lleva para el cuartel, sino que nos lleva al Vivac de Santiago de Cuba, a disposición de la justicia civil; desobedece la orden del comandante. Claro que, si llegamos al cuartel, habrían hecho picadillo de todos nosotros. Entonces, ya la población de la ciudad de Santiago de Cuba se entera de que hemos sido hechos prisioneros y de que estamos allí. Ya lo sabe toda la ciudad y lo que se produce es una gran presión para salvarnos la vida. Desde luego, va allí el jefe del regimiento para hacer un interrogatorio. Pero es muy importante ese momento, porque los propios soldados, los propios militares estaban impresionados de la acción, digamos que en ocasiones expresaban un cierto respeto, una cierta admiración, a lo que se sumaba la satisfacción de que el invencible ejército había rechazado el ataque y había capturado a los asaltantes. A esto se añadía otro elemento psicológico; la conciencia les estaba remordiéndolo ya, porque en esos momentos han matado de 70 a 80 prisioneros y la población lo sabía...